

Emparejamientos juiciosos
1924-1958

Emparejamientos juiciosos

1924-1958

CARLO EMILIO GADDA

AL CUIDADO DE PAOLA ITALIA Y GIORGIO PINOTTI

TRADUCCIÓN DE JUAN CARLOS GENTILE VITALE



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Accoppiamenti giudiziari

Copyright © 2011, ADELPHI EDIZIONI S.p.A., Milano www.adelphi.it
This book was negotiated through
UTE KÖRNER LITERARY AGENT, Barcelona www.uklitag.com

Primera edición: 2017

Traducción
© JUAN CARLOS GENTILE VITALE

Imagen de portada
GIUSEPPE ARCIMBOLDO, *Fire*, 1566, Picture Gallery,
Kunsthistorisches Museum, Vienna
© KHM - MUSEUMSVERBAND

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2017
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España
www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN CALLEGO

Impresión
COFÁS

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-16677-19-1
Depósito legal: M-3304-2017

Impreso en España

Questo libro è stato tradotto grazie ad un contributo alla traduzione assegnato dal Ministero degli Affari Esteri italiano.

Este libro se ha publicado con una subvención a la traducción concedida por el Ministerio de Asuntos Exteriores italiano.

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.



Cultura

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



Las obras de Carlo Emilio Gadda aparecen bajo la dirección
de Paola Italia, Giorgio Pinotti y Claudio Vela

PRIMO BARBERO

[Los relatos «Primo barbero», «Papá y mamá» y «Las novísimas armas» son fragmentos de la novela *La mecánica*, cuya redacción se remonta a octubre de 1928-marzo de 1929, salvo el capítulo «Papá y mamá», escrito en dos días en agosto de 1924].

El día lunes 5 de octubre de 1915 un menudear de golpes en la puerta hizo que la estupenda Zoraide, que estaba sentada en un banco de paja, cosiendo con desidia, levantara la cabeza y la dirigiera hacia ella. Estaba sentada de una manera sucinta y picante que hacía la boca agua a sus admiradores; pero allí no había nadie.

Aún llamaban, como para dar muestra indudable de una voluntad y de una fuerza: y ella, dejando plácidamente el bordado, echó la cabeza hacia atrás, acomodándose con la mano algunos mechones cayentes de sus maravillosos cabellos. Eran de una luz rubia dorada y cobriza, riquísimos y densos; y los primeros, de la frente y de las sienes, querían descender sobre el bordado, empujados por la multitud tumultuosa de los otros.

Se levantó, rápida y tranquila.

—Calma, calma —dijo con calma y a la vez con firmeza, cuando estuvo detrás de la puerta, erizada de candados, cadenitas, cerrojos y pestillos: daba a la galería—. ¿Quién es? —añadió de inmediato—. No será la policía para llamar de este modo.

Y, casi para dar pruebas a alguien de su serenidad, plantó las manos sobre las caderas apoyándolas del revés, con el dorso, y encorvándose ligeramente hacia delante, como si hablara

a un muchacho insolente, severa y firme, desde arriba. Eran manos, eran brazos desnudos, blancos, como para mordérselos, si se escuchaba a ciertos jóvenes.

—Soy yo, abre —dijo una voz de hombre desde afuera.

Zoraide la reconoció.

—¡Oh! Yo, yo, yo: abriré si tienes un poco de educación...
¿Son éstas maneras de golpear a la puerta de la gente?

—El timbre no sonaba...

—Lo sé. Como es natural, querido Gildo, comprenderás bien que no funciona, ¿no te parece...? ¿Qué quieres?

—Debo hablarte. Ábreme.

Y la voz, que había querido parecer fuerte y segura, acabó, se entendía incluso sin ver, en una necia y torpe sonrisa de pe-timetre en retirada.

—Está bien, espera.

Zoraide se acercó a la cómoda, donde entre muchos objetos inútiles había un montón de labores de costura y lo que más le importaba en aquel momento, un espejo. Se arregló con más esmero, con un profundo sumergir y un largo estirar entre aquellos cabellos que había soltado, valiéndose de un peine ancho, blanco marfil, un poco grasiento. Luego se miró volviéndose y retorciéndose, se acicaló, se quitó algunos hilillos del bordado que se le habían posado aquí y allá en el vestido, pero sobre todo en aquella región de ella que una lozanía soberbia hacía turgente de toda posibilidad, así al menos lo interpretaban los especialistas. El más ingrato de sus pensamientos fue, en aquel momento, que demasiado le habría disgustado que ciertos dedos, con el pretexto de quitar esos hilillos, tuvieran que usar en la estimación el tacto donde ya era demasiado la vista.

Desde aquel espejo secular y con ciertas manchas herrumbrosas, la imagen femenina de Zoraide reclamaba maravillosas novelas: un dannunziano rezagado habría sacado en el acto una parrafada de obra maestra.

En efecto, al arreglarse, su cuerpo había pasado del aspecto exquisito y sin embargo consciente y abstraído de la

placidez, al que, con una leve respiración, se había confiado mientras bordaba, a una línea de ferocidad física que haría estremecer a un hoplita.

Apretados los talones, a los tobillos tendinosos sucedía la simetría de las piernas dentro de las medias ajustadas, a las que sabios músculos vivificaban en cada espasmo, y amoroso socorro. Luego una falda corta; corta por la pobreza, no por la moda: no mantenía en secreto aquello que ocultaba. Eran las proposiciones vivas del ser, cumplidamente afirmadas, que hacen del regazo una corona de voluptuosidad a la espera de manifestarse: fúlgidas en los tonos de la leche y del ámbar se pensaban misteriosas blanduras, que la secreta lujuria y el magisterio pictórico del viejo hubieran, no obstante, llegado a reconocer, al tacto, y casi a desvelar y a significar a través del arte. Desde el abetal y desde las canteras de mármol, con el espíritu de la tarde, fasto de ducal púrpura: y de oro.

El vestido tampoco era sostenido por el cinturón, una banda de tela zurcida, sino, a guisa de clámide, por los hombros y la vividez de los senos, que no se entendía si eran carne o qué. Y los brazos levantados descubrían las axilas dentro de las cortas mangas: levantada la izquierda en el esfuerzo de sostener la masa de cabellos leonados y dorados, la derecha con el peine grande, que ahora se sumergía en ellos distraído, como un favorito ya saciado. Las axilas eran rubias de delicadas sedas, envueltas, como por un juego perverso, en cirros delicadamente propuestos a la mirada. ¿De quién?

Y desde el lozano rostro, un poco irregular en el mentón, bajo los labios plenos y un poquito melodramáticos, que parecían, estilísticamente, en contradicción con el resto, había clavado en el espejo dos ojos concentrados, irisados de oro y de cenizas, pérfidamente tácitos y calmados, a los que el espejo se entregaba a reproducir implacable, presa de un ataque de zolanismo, funcionario del meticuloso análisis, seguro fotógrafo de las largas cejas y de sus sombras de amor; mientras que si hubiera habido un hombre, acaso incluso sólo un novecentista, la fotografía habría salido catastróficamente sintética. No,

a la mujer del peine había que sorprenderla a traición: por las buenas no había nada que hacer.

Zoraide abrió finalmente y salió a la terracita, decidida. En las terracitas de al lado y de enfrente, en el sol tibio, ya había, cada una en sus cosas, otras diecisiete mujeres, una apoyada en la barandilla y otra sobre la puerta como para entrar o salir, y otra con un oxidado cuchillo de difunto mango escarbando en macetas o cajones de probables lechugas o de claveles: resuelta luego aregarlos, como para terminar.

Estaban ciertamente ocupadas en sus asuntos. Algún triste canario, algún crío mocososo. Y muchachas señaladas al llegar por aquel particular semáforo que también en Zoraide era sensitivo y velocísimo y que un escritor vigoroso llamaría «el instinto de la mujer».

—¿Qué quieres? Pero otra vez recuerda que no estoy sorda —dijo a aquel Gildo sobrevolando las formalidades. Y lo miró seria, apretando los labios, con una arruga vertical, repentina y recta, en la frente blanca. Con las manos cogió, casi porque no sabía qué hacer con ellas, la cadenita de pobre plata que tenía en el cuello, enmarañando en ella el endeble crucifijo: de modo que los dos antebrazos y los codos fueron a proteger el seno.

—Está bien, está bien —dijo Gildo, un poco pálido, casi tembloroso, y tragó la saliva que sus parótidas habían segregado abundantemente en el largo intervalo transcurrido entre llamar a la puerta y ver que la abrían. Tenía media boca contraída en una especie de sonrisa, balanceaba con falso desparpajo una pierna, colocada detrás de la otra, con los puños en los bolsillos.

Era un primo del marido de Zoraide; en el registro civil, Spartaco di Ermenegildo Pescassinetti; en el siglo, Gildo, llamado el Castaña.

Había ocurrido más de una vez que lo sorprendieran metido en líos con alguna mujer, incluso madurita, con algún competidor o chulo o acaso marido, o, por último, con el Fisco, los carabineros y la brigada móvil, metidos en alguno de «sus» berenjenales, que se arrastraban desde hacía meses.

Éstos, entre los tres, habían acabado enturbiándole las aguas hasta la desesperación, pero montando tal garbullo que entre la Canonica y la Paolo Sarpi era opinión corriente que nunca se resolvería nada.

En la peripecia habían entrado a formar parte, con el espíritu de cuerpo del Fisco, de la Jefatura y de la Malemérita, como decía Gildo plagiando la *Gazzetta*, también los más visigóticos, los más puntillosos hallazgos de todo un repertorio complicadísimo.

Habían comenzado por sacar a escena cuatro flamantes bicicletas (según algunos eran unas Stucchi y según otros unas Bianchi) de las que querían sostener por fuerza que una había sido permutada por otras cinco muy viejas y sin gomas, con los pedales aplastados, de los que uno ya no giraba, y luego había cambiado de propietario catorce veces en nueve días, zigzagueando fulminante, como hace en los cuadros la saeta del rayo, por Usmate, Rho, Gorgonzola, Seregno, Pizzighettone, Bérgamo y Vaprio d'Adda; donde, corre Adua cerúleo, había conseguido ocultar sus huellas a los más sagaces sabuesos, engolfándose en las nieblas providenciales del no se sabe y aquellos miau miau, cógela cógela.

Otra también la habían tomado a la ligera, porque fue vendida por un precio «de amigo» a un «deportista» que por casualidad resultó desconocido a la jefatura, y bajo el trasero del cual, cuando los carabineros de fuera recibían los primeros avisos, ya había galopado detrás de una carrera de catastróficos juveniles y había desaparecido en un barranco de discreta profundidad, después de un guardacantón y un cartel de curva del Touring y algunos horripilantes barquinazos, por la zona de los Giovi.

Abandonado el «centauro» entre matas y zarzales, la bicicleta había conseguido llegar al fondo, aunque ligeramente agarrotada, es más, abarquillada, asumiendo el aspecto, a los ojos de los habitantes del valle que acudieron resoplando mucho y con alguna esperanza, de una artística lámpara. Es más, a alguien le pareció de una devanadera.

Las últimas dos, de deporte, vueltas a pintar y con sillín y manillar nuevos, quizá porque de carrera «funcionan» mejor, y esta hipótesis fue Gildo mismo quien la planteó en la jefatura, formaron parte de la liquidación de una tienda de géneros de punto; luego las perdieron de vista cuando he aquí que se las encontró entre los pies el Fisco, en la trastienda de un estanco al que había sentido la necesidad urgente de honrar con una visita. De las indagaciones emergieron, además, los siguientes datos: el propietario del comercio de géneros de punto vacío debía de ser de la marina y su mujer jugaba a la lotería (esta golosa noticia Gildo la soltó en voz baja, al «pueblerino» que lo interrogaba); jugando a la lotería, había perdido un dineral en billetes de cien, había enfermado y había partido, sí, también ella; los carabineros decían, en cambio, «desaparecido»; está bien, pero de entrada no se podía saber dónde coño había ido a parar, precisamente en aquel momento.

Pero los carabineros no lo dejaban en paz porque, con su maldad habitual, en el pintoresco repertorio de los géneros de punto habían conseguido introducir también treinta y dos docenas de corbatas de seda, veintiocho docenas de fantasía y cuatro de luto, doce paquetes de calzoncillos afelpados, siete cajas de jaboncillos de jazmín y una cuarentena de botellas y frascos de perfume, con las marcas un poco rascadas. Además, el colmo de los colmos, un cajón monumental que, abierto, reveló de inmediato a la aterrada jefatura cincuenta peras de goma para enemas; y luego también unos aerosoles, dentífrico, polvos de tocador, ocho bombillas Philips, un gramófono que ya no había manera de hacer que funcionara, un hábito eclesiástico y una fenomenal jaula para pájaros en forma de *châlet* suizo, con dibujos de ventanas ojivales y dos torres ciertamente góticas.

El misterio de los calzoncillos y el submisterio de las corbatas, si algún cantinero metido en chanchullos hubiera querido charlar sin venir a cuento, se habrían convertido de golpe en un misterio de bistecs, ensalada mixta y carajillos, pero los

cantineros y sus Caroline cayeron directamente de las nubes, como es tradición que les agrada hacer, o parecer.

Finalmente, ¡por suerte llegó la guerra! Si no, quién sabe hasta cuándo habrían seguido mezclando la polenta, igual que los niños que «le cogen el gusto a seguir allí adrede», el toque es del Castaña mismo, «hurgando», es decir como haciendo garabatos, «con la baqueta en el albayalde».

Poder comparar a los carabineros con unos niños de gusto perverso, procuró a Gildo una saludable satisfacción: no se percató, como de costumbre, que el final de la hipotiposis le tocaba a él.

En la terracita, delante de la puerta, después de dos o tres frases, Zoraide continuaba mirando la corbata del joven, como perdida en vagabundos pensamientos. En cambio, él buscó en vano los ojos de ella, un temblor convulso lo dominaba, hecho ahora de lujuria ciega y de timidez pueril, de esperanza, de desolación, de rabia, mientras buscaba palabras para encaminar un discurso, cualquiera que fuese, pero las eses y las erres se le confundían antes de salir, en un balbuceo preventivo del cerebro.

Pero la idea compulsiva lo cogía de nuevo: ser fuerte, desenfadado y temible incendiario de corazones. Aunque la presencia espléndida y cálida de Zoraide no lo excitó, disipó franqueza y tristeza: delante de la bella sintió que su voluntad se extraviaba más y más, superada por una desazón extraña. Le pareció que estaba enfermo, le sudaban las palmas cerradas y frías dentro de los bolsillos, empalideció: así vuelan los trapos por los aires en la industria papelera y en la mala arrogancia del mundo.

—No sabía —farfulló, vacilante, con una sonrisa boba—, si estabas fuera de casa. Había venido a darte noticias de Luigi, y también para rogarte... si podías hacerme un favor.

Entonces ella lo miró, frunciendo el ceño.

—Ya sé que será difícil... —Tuvo un ramalazo malvado, sólo fue un instante, de inmediato se volvió otra vez suspirante y amargo.

—Te lo agradezco —espetó Zoraide, seca—. Sé que Luigi está bien. En cuanto al favor, ¿qué favor es?

—Bueno... bueno... —dijo Gildo, con tono y rostro encolerizados, separando las dos palabras en la pausa dubitativa entre pareceres contrarios—. Bien lo dicen aquellos que se hartan de comida y tienen buena paga, porque son oficiales o curas, o escriben en los periódicos... vendidos a la burguesía... —Se engolfó en una diatriba que le era grata, se le soltó la lengua, pareció olvidar de pronto a la mujer, habló en voz alta, y lo oyeron todas—. Escriben que la guerra era necesaria, y que ahora va como una seda, que incluso es un pecado dejarla allí, de tan bien que va; y que los cañones de algún modo hay que aprovecharlos, ya se sabe... ¡Venga!

Zoraide se había ensombrecido aún más, pareció moverse. —De todos modos, la postal que me ha escrito es ésta.

Zoraide, taciturna, ni siquiera bajó la vista.

Él, tendiéndosela, amagó acercarse a ella, como para leerla juntos, y entonces, nuevamente, aquella desesperada ebriedad, ¡aquella ebriedad que, no obstante, un día, lo sentía, habría terminado! O estrangular a alguien con sus propias manos o darse un cabezazo contra la pared, romperse la cabeza contra la pared.

En una terracita de enfrente una muchacha tosió: Zoraide le dirigió una mirada viperina; entre los codos y los brazos cruzados de la chica, apoyados sobre la barandilla, vio desaparecer los ojos, y el rostro rojo y risueño, como para ocultarse; deleite y malicia.

—¡Hay algunas estúpidas tomando el fresco! —dijo entonces en voz alta y clara. Ninguna de las mujeres dijo esta boca es mía.

Todo esto, a Gildo, acabó evaporándole del alma todos los aires, todo cuanto había preparado. Interrumpió la lectura:

—¿No podemos entrar? —murmuró a Zoraide, con voz implorante—, ¿es necesario estar aquí, dando espectáculo?

—Dentro es peor... estoy casada desde no hace ni siquiera un año... con mi marido en la guerra... No estarás tan loco...

Gildo sintió cómo quemaba el latigazo de aquel «loco».

¡Demonios!, la habría querido tirar sobre la cama, la habría estrangulado, poco a poco: ¡nada de esposa, y Luigi, y el Trentino! ¡Con qué gusto les habría asestado una cuchillada en el estómago a algunos intervencionistas, además! Se consoló un momento, la guerra también era una suerte, después de todo, mejor que tener detrás a aquella «caterva de esbirros», es decir, aquella sarta de agentes.

Basta con que no la tomara con él, esta maldita guerra de los señores, ¡porque entonces habrían visto de inmediato qué viento soplabá! «¡Viva Trieste! ¡Viva Danunsio!», ¡los intervencionistas, los estudiantes!, ¡y luego correr a emboscarse, al vuelo!

Como aquel trovador de diecinueve años que iba siempre detrás de todas, como un burro; y como si no bastara, ahora comentaban que había encontrado para hacer buena leña en el bosque, junto a ella, pero sí, viva, con ella, con la esposa, precisamente, y tarde y mañana, o con libros o sin libros. Volvió a oír una cadencia, muy grave, remedó inconscientemente con aquel despreciado nombre de los libros un canto, lento, que había oído un año antes, en Côrs Sempión: «O con zapatos, o sin zapatos, a mis alpinos los quiero aquí». Eran precisamente ellos, esos malditos zapatones, seguro.

¿Qué estudiaba ese imbécil, ese rufián, desde el momento que trabajaba en la fábrica robando el pan a la gente? «Quisieran que nosotros reventáramos, y ellos a gritar viva», pensó, mientras Zoraide le hablaba del marido, de las noticias, del correo, del permiso, de la censura y de los números de los regimientos.

—¿Viva qué? —gritó.

La bella se asombró, no entendió.

—¡Viva esto, joder...! —E hizo el ademán de lanzar un imaginario cuchillo en la imaginaria panza de un imaginario armamentista.

—¿Qué te pasa, Gildo...? Me parece que no estás demasiado bien, querido... —dijo entonces Zoraide, entre curiosa

y p rfida, y fraternalmente acongojada: la secreta ira de los machos celosos el uno del otro siempre le había causado, en un primer momento, más placer que miedo. La postal y las noticias ya debían de haber entrado, a un par de meses de las primeras en llegar, en el cerebro de las comadres; un aura de piedad y simpatía se difundió en aquella viuda tribuna, lo sintió.

—Y ahora, qué favor querías, oigamos...

— Eh! —dijo él, amargo y despreocupado—,   no le harías un favor a alguien que escapa de la jefatura...? A ti te gustan esos con el radiador, ahora... apenas avanza la niebla.

Zoraide se ruborizó un instante, « Canalla, chivato!», pero quiso ocultar el resentimiento:

— La jefatura? —dijo, en cambio, simulando un delicioso estupor. Lo sabía, se lo habían contado. Corbatas, jaboncillos y bicicletas: objetos robados.

Continu  entonces enfáticamente el otro, contento de redimirse delante de la mujer, complacido de humillarla como sirvienta de los ricos.

—Eh, sí, se entiende... de la jefatura de Salandra: una cartera de malnacidos, preg ntaselo a tu Luigi, si aún tienes alguna duda. También deberías saber que echan a todos los que trabajaban en las fábricas, con el más mínimo pretexto, para empaquetarlos hacia el matadero. Para ellos no debe haber cansancio, no hay enfermedades, ni miseria. Trabajar como forzados, s  señor. Éste es el progreso de los nacionalistas, tal como lo quisieran ellos. Si tardas cinco minutos, multa; si vas al retrete, multa; si bebes aguardiente y dices lo que te viene a la cabeza, aparece el mayor, el capitán... Toma un poco como ejemplo a Carlo, el Escardillo, el de Paolo Sarpi: t  también lo conoces bien. Bueno, lo han echado la semana pasada, con la excusa de que estaba descontento. Y ahora me quieren despedir también a mí.

Zoraide cono a a Gildo desde hacía varios meses, y si bien lo había visto o encontrado más de una vez como primo (un poco lejano) de su marido, no se había preocupado mucho

de tener noticias de él, cuando casi siempre encontraba interesantísimas las noticias de la gente, en general y en particular.

—¿Pero tú no eres barbero? Aquella vez, te recuerdo, con Gigi, cuando volvíamos de la Feria de los Bastiones, y tú me hiciste ver aquel local, allí... un poco decadente, en la esquina de Via Scaldasóe...

—Decadente o no decadente —interrumpió Gildo, picado—, basta con que, de vez en cuando, salte alguna liebre. Tampoco vosotros viviréis de espárragos, después de todo.

Rio con una risita que habría querido cínica y amarga, pero fue sólo necia e inocua. Una vez apagada, quedó la cara: los ojos consumidos y algún vinagroso forúnculo, esfumado por un halo violáceo, ponían notas de Folies Bergère de Porta Cicca en una mísera palidez.

—Bien, ¿y ahora? —prosiguió Zoraide.

—Ahora estoy en Cragnoni.

—¿En...?

—En Cragnoni, la fábrica Cragnoni. Hago de tornero.

—¡Ah, de mecánico, en Cragnoni!: los conozco...

—Me imaginaba —rio con sarcasmo Gildo—, es más, había venido precisamente por eso: sé que vas a trabajar donde aquella señora, que son parientes. Me lo has dicho tú, precisamente tú... que es tan buena —rio con sarcasmo—, que es casi pariente de aquel gran industrial, ¿recuerdas? Bueno, ése es Cragnoni. ¿Qué quieres? Trabajo de peluquero, ahora que más de la mitad están fuera... Pero el problema es que el hambre es siempre la misma: aunque a los señores no los habrán puesto a media ración, me imagino.

—Y tú, ¿cómo has hecho para aprender tan pronto...?, ¿es difícil?

Gildo se envalentonó con aquel grano de uva inesperado.

—Querida mía, hay quien nace papanatas, y puede vivir cien años, pero nunca aprende a estar en el mundo...

Quizá aludía a alguien, contento con la vanagloriosa comparación.

—¡Pero yo...! —Hizo como si quisiera marcharse, se apuntó con un índice el pecho, cerró los párpados, las cejas ensombrecieron torvamente las pupilas para que la sentencia sonara más siniestra—: Yo, recuérdalo, esposa, podéis hacer incluso cien guerras—guiñó, amenazante, los párpados—, podéis hacer mil de vuestras guerras, pero prefiero verme descuartizado en doce pedazos antes de que me pesquen, como que me llamo Spartaco... en los papeles, aunque en familia, desde pequeño, me llamaban Scarliga, porque decían que Spartaco —imitó la voz de la maestra— no es un nombre adecuado para los niños. Pero la verdad es... para mí, la verdad es que en cuanto oían Spartaco todos esos culos gordos de burgueses armamentistas, ¡viva Danunsio!, apenas oían Spartaco se ponían blancos como sábanas de Lambrate, tendidas en la cuerda, en el prado...

Se alejó algunos pasos por la terracita, con las manos en los bolsillos, cegado por un énfasis. Hizo una voltereta, pero la voltereta ampulosa le salió mal, dada la estrechez. De vuelta sobre sus pasos aún tenía que decir algo muy importante, mientras Zoraide seguía atormentando los dedos en aquella cadenita de plata, junto al hoyuelo umbrío de su maravillosa garganta, aplanando las cejas, como en piadosa espera de la continuación.

—¡La guerra, la guerra! Han encontrado un buen truco, de gorriones, ellos que reciben las pagas, las indemnizaciones, los traslados; para mandar a los demás, para hacer de generales, de ministros: de asesinos, digo yo. Y nosotros a reventar sólo porque nos lo mandan ellos, con su Austria. Mírame a la cara, bella esposa mía. ¿Te parece que Spartaco Pescassinetti es uno de esos a los que hay que decirles «Sí, señor»?

Esta vez Zoraide lo miró de verdad, a los ojos, que le pareció que miraban lejos de ella, perdidos en una soledad desesperada y abstracta, en la inhumanidad de un delirio: como para responder a la pregunta, trató de encontrar en el fondo del arsenal vacío de su estómago algún gesto de interés, o piedad o curiosidad femenina; pero sólo halló un fastidioso disgusto.